

Fundamentos en Humanidades
Universidad Nacional de San Luis – Argentina
Año XV – Número II (30/2014) pp. 97 - 107

La diversidad en la conducta sexual ¿es una conducta natural?

Diversity in Sexual Behavior: Is it natural?

Sonia Tifner

Universidad Nacional de San Luis

Miguel Angel De Bortoli

Universidad Nacional de San Luis

midebort@unsl.edu.ar

(Recibido: 16/09/13 – Aceptado: 01/04/15)

Resumen

El presente trabajo describe casos reportados de diversidad en la conducta sexual en animales desmitificando el concepto de que el objetivo único de la sexualidad en este reino es la reproducción. Se plantea que los científicos son etnocentristas al estudiar la misma conducta en el hombre y en el animal, adjudicándole fines adaptativos a éste en tanto que le reserva la exclusividad de sentimientos al hombre. Se detalla evidencia de que el hedonismo no es privativo del hombre así como tampoco la diversidad en la conducta sexual, lo que lleva a inferir que si esta última se halla en animales, es una conducta natural.

Abstract

This paper describes cases of diversity in the sexual behavior in animals, thus demystifying the concept that the only sexuality aim in this kingdom is reproduction. The study poses that scientists are ethnocentric when they study the same behavior in the human being and in animals, attributing adaptive goals to the last ones, and assigning feelings exclusively to the man. Evidence shows that neither hedonism nor the sexual behavior diversity is exclusively a man phenomenon, and as a result, we may conclude that if there is sexual behavior diversity in animals, then this is a natural behavior.

Palabras clave

diversidad sexual - hedonismo - reproducción - conducta natural - conducta adaptativa

Key words

sexual diversity - hedonism - reproduction - natural behavior - adaptive behavior

La diversidad en la conducta sexual ¿es una conducta natural?

¿Existe la diversidad en la conducta sexual en los animales? Responder a esta pregunta es importante, porque de la validez de su respuesta se desprenden criterios para describir o analizar la sexualidad humana. En realidad esto se ha venido haciendo de antaño en algunos ámbitos, cuando se equipara/ba la sexualidad humana a la función reproductiva, y por consecuencia, la homosexualidad como perversión porque no apunta a los fines procreativos. Afortunadamente esa visión limitada y estigmatizante se ha ido superando, aunque no en todos los círculos. Prueba de ello es que se han observado actitudes negativas hacia la homosexualidad en médicos (Bhugra, 1989)

psiquiatras, médicos de familia (Chaimowitz, 1991), psicólogos (Garnets, Hancock y Cochran, 1991), enfermeras educadoras (Randall, 1989), trabajadoras sociales (Wisniewski y Toomey, 1987) y estudiantes universitarios (Cotton-Huston y Waite, 2000; McKee, 2004).

Como indicador de una visión superadora, por primera vez, el DSM IV (APA, 1996), y por ende su versión revisada: DSM IV TR (APA, 2002) han excluido la homosexualidad como trastorno mental, ya que es considerada una elección tan válida como la heterosexual.

Ahora continuando con el hilo conductor de equiparar la conducta sexual humana con la animal ¿estamos comparando toda conducta sexual animal con la del hombre o estamos sesgando y cotejando sólo algunos aspectos de ella?

Muchos de los hallazgos que hoy se conocen sobre la conducta de las personas, surgieron de las investigaciones de laboratorio con animales: baste recordar el famoso experimento de Pavlov sobre el condicionamiento (1927) y cuya extrapolación ha sido probada y validada, y no se puede negar que gracias a su estudio se sabe mucho más del comportamiento humano.

Otro tema de discusión fuera de este debate, es si es lícito equiparar al hombre con otro vertebrado, pero dejemos que la ciencia responda por sí sola: algunas conductas se condicionan clásicamente en el hombre (Delgado, Olsson y Phelps, 2006), y bajo determinadas circunstancias se han descubierto a partir de estudios con otros animales en entornos no naturales, aunque luego se las ha observado en ambientes ecológicos también.

La Psicología comparada, rama de la Psicología que busca el conocimiento de la conducta humana y de los mecanismos que la provocan a través del estudio de otras especies, contrastándolos con los de las personas, ha aportado mucho para saber lo que se sabe del comportamiento de la gente. Por supuesto se deben tener en cuenta las limitaciones de este enfoque, es decir, el que no toda conducta humana es observada en la conducta animal, pero con estas salvedades, ¿qué mejor que profundizar en la conducta sexual animal para “confrontarla” con la conducta sexual humana? No se considerará la crucial importancia que tiene la cultura y la sociedad en el comportamiento de las personas, ya que no responde al fin de este escrito, sino que se intentará responder si la diversidad sexual es una conducta natural o su antónimo, antinatural. Esto partiendo de considerar que si una conducta es natural, debiera observarse en el reino animal.

Si muchos biólogos, zoólogos, etólogos, por razones que intentaremos dar cuenta, han dejado de lado el estudio de esta temática, para limitarse a investigar y analizar únicamente el comportamiento reproductivo animal como única expresión del comportamiento sexual, obviamente que se van a hacer comparaciones erradas, debido a la falta de un estudio completo e integral.

De acuerdo a la Enciclopedia Ilustrada de la Lengua Castellana (1973) todo fenómeno natural proviene o está relacionado o es producido por la naturaleza. Se define como antinatural al adjetivo opuesto a lo natural.

Primero habría que responder ¿qué es una conducta natural?, ¿y qué mejor que la Etología para responder a esta pregunta? La Etología, subdisciplina de la Psicobiología, sostiene que la conducta es un conjunto de rasgos fenotípicos: esto significa que está determinada por factores genéticos y ambientales, y es por tanto fruto de la selección natural. Para la Etología, la conducta natural de los animales es la que ocurre en el medio ambiente natural y el estudio etológico típicamente sigue la secuencia de observar y conocer, describir cuantitativamente, y por último plantear preguntas precisas y contestarlas por medio de más observaciones o experimentos (Corsi y Corsi Cabrera, 2004).

Pues bien ¿por qué no conocer entonces la conducta sexual animal para saber cuál es la conducta sexual natural? No hace falta citar trabajos para plantear la obviedad de que en ella, una de las funciones es la reproducción, como en el hombre. En ambos estratos zoológicos, existe la conducta heterosexual que lleva a la procreación: basta con observar animales (domésticos o no) de ambos sexos biológicos conviviendo para ver que tienen conductas de cópula y que nacen crías. Lo mismo sucede en cuanto al hombre: el crecimiento sociodemográfico es un indicador, solo es necesario ver los registros de nacimientos, la curva de crecimiento de la población para comprobar esto, o incluso nuestra propia existencia, fruto de relaciones heterosexuales o sus derivados. Por lo tanto, la existencia de todo individuo es la consecuencia de una relación heterosexual o sus formas indirectas -por ejemplo fertilidad asistida en todos sus modos como *in vitro*, alquiler de vientre, etc.-. En síntesis: en los vertebrados la reproducción se da como resultado de relaciones heterosexuales en circunstancias adecuadas y favorables, tales como el período estro de la hembra, más la calidad y cantidad de espermatozoides del macho, etc.

Pero dejando de lado el hecho de que la función reproductiva como mecanismo adaptativo para que las especies subsistan, es innegable, y esto, al menos en los vertebrados se da en relaciones heterosexuales, en otros vertebrados además del humano, se dan otro tipo de relaciones sexuales, como con el mismo sexo, cuya función evidentemente no sería la reproducción. Entonces ¿cuál sería esa función?

Si existen relaciones sexuales entre miembros del mismo sexo en los animales, es posible inferir que esta conducta sexual diversa, diferente a la de la reproducción, es una conducta natural.

Bruce Bagemihl (1999) en su obra “Exhuberancia Biológica: Homosexualidad Animal y Diversidad Natural”, describe que más de 300 especies, entre mamíferos y pájaros, se encuentran involucrados en conductas homosexuales y otras conductas sexuales no procreativas. Dichas especies copulan frecuentemente, es decir tienen actividad sexual fuera de la época de celo, incluyendo cuando las hembras están preñadas y durante la incubación de los huevos en ovíparos. Y todas estas actividades sexuales constituyen una gran proporción de toda la actividad sexual.

¿En qué especies ha hallado este autor estas prácticas sexuales alternativas? En los urias, conocidos como araos (*Uria aalge*) -ave de las aguas de los mares del norte-, en los monos narigudos (*Proboscis monkey*) que se hallan en las costas de la isla Borneo, en el antílope addax, llamado comúnmente antílope blanco (*Addax nasomaculatus*), en el mono rhesus (*Macaca mulatta*), en el ñu (*Connochaetes taurinus*), en el tamarino león dorado o tití leoncito (*Leontopithecus rosalia*) -mono del nuevo mundo, cuya melena abundante le ha valido el nombre de león- y en la cabra de montaña entre otros.

Entonces, ¿cuál sería la función de estas actividades sexuales electivas que no apuntan a la reproducción en otras especies que no son el hombre?, y más aún, si esta variedad de comportamientos sexuales que no tienen objeto la fecundación, es de naturaleza animal, ¿no estaríamos hablando de la diversidad sexual como un fenómeno natural? La lógica encadenada de estas respuestas nos llevan a responder que sí: si los animales que no son el hombre, tienen una multiplicidad de prácticas sexuales optativas comprobadas empíricamente, y si existen también en el hombre, forma parte de la naturaleza, es un acontecimiento natural.

Ahora bien, alguien podría objetar que aunque se hayan encontrado conductas homosexuales o alternativas en los animales, la conducta sexual humana se diferencia de la de estos, por ejemplo en todo lo que haga a la función erótica o placentera de la sexualidad. Y acá nuevamente algunos científicos vuelven a atacar este principio. En el *Journal of Applied Animal Behaviour Science*, Balcombe, (2009), en su artículo “Placer animal y su significado moral” plantea que la copulación en los animales viene motivada

por el deseo (conducta apetitiva) y reforzado por el placer (conducta de consumación). Sostiene que la ciencia es miope al interpretar la existencia animal, ya que los científicos asumen que sus parientes vertebrados son inconscientes, en el sentido de que carecen de esta función superior, la consciencia, y no tienen sentimientos, y que explican su accionar desde un punto de vista evolutivo únicamente. Sentencia este autor: dan cuenta de la misma conducta con lentes diferentes cuando se trata de un animal o cuando se trata del hombre. Cuando justifican la del primero le atribuyen un fin adaptativo, en tanto que para la del segundo, un fin hedonista. Cada vez hay más argumentos y evidencias de que los animales son conscientes, seres que experimentan y sienten. Negarles tales experiencias por negligencia (u omisión), al no tratar esos temas los estudiosos, los convierte en obsoletos y antropomórficos (Burghardt, citado en Balcombe 2009), en tanto antropocéntricos, a la vez que la ciencia pierde rigor. En conclusión, a través de la lente humana, algunos hombres leen la conducta animal desde una posición asimétrica, reduciendo a éstos a seres anhedónicos, que no tienen sentimientos ni emociones, y es desde ese lugar que interpretan la conducta sexual animal.

Prueba de esta miopía es que hay importante evidencia de un estado afectivo interno en animales (Panksepp, 2005). Journals científicos respetables han publicado investigaciones sobre la moral de los perros y chimpancés, la alegría de las ratas, el duelo de los elefantes, empatía en ratones y temor en peces (Bekoff, 2007). Así como conductas de salud, interpretado como alegría por la investigadora, en elefantes que se reencontraban luego de haber estado separados durante un tiempo (Moss, 1988). También se ha venido reuniendo información sólida sobre las experiencias de sufrimiento tales como dolor, temor, frustración y privación en animales de granja (Duncan, 2006).

Entonces, ¿por qué cuando se habla de conducta sexual animal se la limita únicamente a fines reproductivos, como si los animales no tuvieran la capacidad de sentir? Por un lado, porque el estudio de los afectos en general, incluyendo los del mundo animal, había quedado relegado por influencia del Positivismo. El conductismo, emergente de esta postura filosófica, disciplina que surgió con John Watson (1858/1958), consideraba a la conducta manifiesta como único objeto de estudio científico de la Psicología. Esta postura había frenado las investigaciones respecto del mundo subjetivo en general, debido a la imposibilidad de medir las emociones de modo directo en su surgimiento. Hasta mediados del Siglo XX, la ciencia, por razones metodológicas y filosóficas excluyó de su estudio los estados afectivos. Así, bajo la influencia del Positivismo, los afectos habían quedado fuera del espectro de la ciencia en general (Fraser, 2009) incluyendo el mundo animal.

Con el advenimiento de la Psicometría, se han ido creando métodos que podían dar cuenta de esta área del conocimiento antes vedada, pero el estudiar este aspecto en el reino animal tampoco ha sido posible porque ellos no pueden reportar su experiencia interna. Afortunadamente para este campo de investigación, las emociones involucran además cambios conductuales y fisiológicos en esta población (Lemer y Keltner, 2000), accesibles al conocimiento. En estos últimos aspectos deberían centrarse los investigadores que estudien el mundo subjetivo de los animales. Su abordaje es axial para no malinterpretar, sesgar o hacerlo de un modo antropocéntrico, el comportamiento animal, particularmente el sexual, que es el tópico de este trabajo. Veamos las evidencias y argumentos que nombra Balcombe, (2009) respecto de que los animales son seres hedonistas.

1) El placer es adaptativo así como el dolor lo es. En tanto el displacer del segundo guía al animal a que se aleje de estímulos que pueden quitarle la vida, por ejemplo el quemarse con fuego, el primero recompensa las conductas que la promueven, a saber: alimentarse o copular.

2) Los seres humanos sienten placer. Los científicos conocen y aceptan este fenómeno sensorial. El conocer que esta sensación existe en algunas especies (el hombre) da pie para asumir que pueda existir en otras diferentes.

3) Los animales sienten dolor y estrés. Hay fuerte evidencia que apoya que los vertebrados los experimentan. Por ende, si tienen la capacidad para sentir dolor y estrés, ¿por qué no placer?

4) Los animales se comportan como si sintieran placer. Muestra de ello es la conducta de juego. Dicha conducta está ampliamente extendida en mamíferos y en casi la mitad de todas las familias avícolas (Ortega y Bekoff, citado en Balcombe, 2009). Inclusive conductas sugerentes de juego se hallan en reptiles, peces y cefalópodos (Burghardt, citado en Balcombe, 2009). Cuando los humanos eligen algún deporte, probablemente lo hagan porque es bueno para la salud también, pero principalmente porque lo disfrutan, entonces ¿por qué atribuirles, cuando se trata de animales sólo fines adaptativos? Esto es lo que denuncia Balcombe (2009) en su publicación, que en los animales la mayoría de las conductas son reducidas por los estudiosos a fines evolutivos y no hedonistas. Allí es donde el hombre se torna antropocéntrico, como si la capacidad de jugar por placer, por ejemplo, fuera exclusiva de la especie humana.

5) Esta mirada sesgada se traslada a la alimentación también. Nadie niega el indispensable valor de la comida tanto para el hombre como el animal. Si hay inanición se muere, no obstante, cuando de estos últimos se trata, únicamente se ve la comida con el fin de supervivencia, cuando en realidad hay evidencia de que los animales (tanto como los hombres), saborean su comida, tienen preferencias (Johnston y Fenton, citado en Balcombe, 2009), o sea, ejecutan acciones por placer y no meramente por no morir de hambre. Esto también lo podemos observar nosotros, cuando a nuestro perro le gusta más un alimento balanceado que otro, de una marca más que de otra. Si se limitara únicamente al fin de alimentarse para sobrevivir, les daría igual cualquier alimento, y vemos que esto no es así.

6) El contacto: el cual no es indispensable para la supervivencia como el alimento pero sin embargo juega un rol clave en la interacción social de las especies. Por ejemplo los chimpancés pasan el 20 % de su vida de despiertos acicalándose entre ellos (Uhlenbroek, citado en Balcombe, 2009). Las ratas disfrutan de las cosquillas que le hacen los humanos: esto fue establecido en un experimento en el cuál tenían que pulsar dos palancas: 1) cuyo refuerzo era las cosquillas en la barriga, y 2) sin refuerzo. El resultado fue que las ratas presionaban la primera palanca con el fin de obtener cosquillas, es decir, porque lo disfrutaban, ya que sólo obtenían este refuerzo y nada más (Burgdorf y Panksepp, citado en Balcombe, 2009).

7) Otros placeres que buscan las especies es el confort. Si está demasiado caluroso, buscan la sombra, si demasiado frío, buscan el sol, confort que también nosotros buscamos.

8) El comportamiento sexual: se ha establecido que también en este aspecto la postura de muchos científicos es reduccionista, ya que sobreestiman la función reproductiva de la sexualidad en los animales, la cual, por supuesto es importante, ya que sino la especie se extinguiría, pero no explica todas las otras prácticas sexuales alternativas descritas anteriormente.

También se puede citar la similitud de los circuitos límbicos cerebrales implicados en las reacciones del afecto en humanos y otros mamíferos (Murray, O'Doherty y Schoenbaum, 2007; Heimer, Van Hoesen, Trimble y Zahm, 2008; Haber y Knutson, 2010). Si son similares probablemente se comporten de modo equivalente.

Bagemihl (1999) también ha observado sexo grupal (orgías) en delfines rotadores o tornillos (*Stenella longirostris*), quienes son muy famosos por sus acrobacias; en las ballenas de Groenlandia (*Balaena mysticetus*), conocidas por tener la boca más grande del mundo; en las ballenas grises (*Eschrichtius robustus*) denominadas ballenas del

diablo por la resistencia que ofrecían para su caza, en golondrinas y en garzas. Además ha hallado formas múltiples de montarse cuyo fin no es el reproductivo. Esto lo ha observado en mamíferos tales como el macaco japonés (*Macaca fuscata*) conocido también como mono de nieve, cuya jerarquía es matrilineal y conocido porque es una de las pocas especies que lava su comida antes de ingerirla. Las ha encontrado también en las ovejas de montaña, monos koalas, en los caballos tahki (que significa espíritu) o en el caballo Przewalski (*Equus ferus przewalskii*), oriundo de las tierras de Mongolia; en el antílope acuático (*Kobus ellipsiprymnus*), que pese a su nombre no lo es: sólo se refugia en el agua para esconderse de sus depredadores; en el jabalí verrugoso, en el pecarí de collar (Javelina Tayaussa) que es una especie de cerdo; en el jabalí (*Phacochoerus africanus*) y en pájaros incluyendo el combatiente (*Philomachus pugnax*) ave medio zancuda que se reproduce en los pantanos y prados húmedos de Eurasia; en el ave martillo (*Scopus umbretta*), ave zancuda de Tanzania, y en los pinzones (*Fringilla coelebs*), pájaro muy difundido y conocido por toda Europa, Asia Occidental, África Noroccidental. Estos modos de montar sin copular incluyen, que la hembra monte al macho, o que éste la monte sin erección o con erección pero sin penetración, y montar de costado en el cual la penetración es imposible.

Bagemihl (2000) también ha observado el cortejo, monta y penetración anal en el bisonte americano y la monta de una hembra por otra. Inclusive los indios lakota se refieren a ellos como los dos espíritus, haciendo alusión a la cualidad transgénero. Este autor ha encontrado prácticas homosexuales en los dos sexos de los elefantes africanos y asiáticos, cuyos encuentros sexuales son muy afectivos, a diferencia de los heterosexuales que son muy efímeros. Asimismo en los leones machos y hembras tanto como en machos jirafas.

La homosexualidad animal está tan documentada que en el Museo de Historia Natural, en Oslo, se realizaron muestras fotográficas con 1500 especies de animales titulada ¿Contrario a la Naturaleza?, organizada por el biólogo noruego Geir Einar Ellefsen Soeli (El mundo, 2006). En ella se incluían imágenes que iban desde pulpos, insectos como arañas, hasta perros, gatos, loros y todo tipo de mamíferos en los que se ha detectado un comportamiento homosexual. Si bien esto no fue muy bien recibido por buena parte del público, la muestra se ha llevado a cabo con el fin de desmitificar la homosexualidad como contraria a la naturaleza.

Bagemihl (1999) encontró también distintas formas de sexo oral, estimulando los genitales del compañero con las manos, garras, aletas y distintos modos de estimulación anal en distintos animales. También ha hallado acoplamiento inter-especies y masturbación, ambas actividades sexuales no se pueden explicar por fines reproductivos aunque sí por los hedonistas.

Se ha topado asimismo con la masturbación en animales, también encontrada por otros autores (Judson, 2003), tanto en hembras como machos mamíferos. Los gatos y los perros son un ejemplo que quizás llegamos a presenciar, aunque hay evidencias más sólidas documentadas (Root, 2005) y se ha hallado además en pájaros, pero menos frecuentemente (Winterbottom, Burke, Birkhead, 2001).

Se ha hecho referencia que Bagemihl (1999), este pionero en mirar la sexualidad animal de un modo diferente al de procrear, había hallado en ese entonces 300 especies involucradas en prácticas homosexuales. Pues bien, además halló, que muchas de ellas también tenían prácticas heterosexuales, es decir, tenían los dos tipos de prácticas: lo que nosotros podríamos describir como bisexuales en humanos o, como ya forma parte de una de las varias identidades sexuales: hombres que tienen sexo con hombres y además tienen sexo con mujeres.

También se han hallado comportamientos sexuales dimórficos en animales, es decir que difieren o no son esperables según su sexo (Root, 2005). Esto se ha hallado en perros, gatos y en la hiena manchada. Este último caso es muy interesante, ya que en

un primer momento se pensaba que la hiena manchada hembra era hermafrodita u homosexual, sobre todo por su sistema urogenital, muy similar al pene del macho. Además, al tener un sistema matrilineal, con un componente fuerte sexual, siendo más grande que el macho, de apariencia masculina y más agresiva, daba toda la pauta de tener el comportamiento macho incorporado, además de su apariencia. Actualmente se sabe que poseen niveles elevados de testosterona en el útero, y que esta especie ha sido masculinizada sin ser defemenizada. Esta masculinización sin defeminización se ha hallado en casos humanos también.

La problemática de la identidad sexual, es un tópico complicado (tanto en el hombre como en el animal) porque, en referencia a los humanos solamente, se han hallado al menos 14 “tipos de sexos” que contiene la misma persona, y cuando alguno de ellos no está en sintonía con los otros, aparecen lo que el DSM IV TR pueden diagnosticarse como “trastornos de identidad Sexual”. Ya desde la Biología inclusive, el desarrollo sexual humano es un proceso complejo, en el que, en cada estadio puede haber convergencia o no en la identidad sexual de la persona.

Los diferentes tipos de asignación del sexo en el humano son:

1) Sexo génico: el cual se determina por la presencia (+) o ausencia (-) del gen SRY, denominado conmutador del sexo. Cuando es +, será masculino, cuando es -, será femenino. Ante su presencia, el cual se halla en el cromosoma Y, las gónadas indiferenciadas se convertirán en testículos, debido a una enzima que produce denominada F.D.T. (factor determinante de los testículos). Su ausencia hará que las gónadas indiferenciadas se transformen en ovarios.

2) Sexo cigótico o cromosómico: el cual se determina en el momento de la fecundación y depende del gameto del padre, ya que si éste aporta una X, se desarrollará una mujer (XX) a nivel cromosómico, en cambio, si aporta una Y, se desarrollará un hombre (XY) a este nivel.

3) Sexo cromatínico: Depende de la existencia del corpúsculo de Barr. Las mujeres son cromatín + y los hombres son cromatín -. Las personas con síndrome de Klinefelter son cromatín +, aunque su sexo fenotípico sea el de un varón.

4) Sexo cariotípico: las mujeres poseen un sexo genético XX, tienen un cariotipo 46 XX, en tanto que los hombres con un sexo genético XY, poseen un cariotipo 46 XY. Hay variantes como el síndrome de Klinefelter, que son 46 XXY.

5) Sexo ductal: Se desarrolla por la presencia o no de los andrógenos. En caso de que haya ausencia de estas hormonas, el conducto de Muller se desarrollará en genitales internos femeninos, y en caso que los andrógenos estén presentes y ejerzan su efecto, potenciarán el desarrollo del conducto de Wolff, los que luego se transformarán en genitales internos masculinos.

6) Sexo gonadal: Se halla determinado por presencia de testículos u ovarios, y también están los que tienen las dos gónadas (hermafroditas).

7) Sexo hormonal: Una vez desarrolladas las gónadas, las hormonas sexuales ejercerán un efecto permanente y organizacional, sobre el cerebro (sexo cerebral) y sobre los órganos sexuales. A su vez va a haber un efecto activacional de las hormonas, estimulando el deseo sexual, la erección y la eyaculación o induciendo la ovulación.

8) Sexo germinal: Está dado por las células germinales que produzcan: óvulos u espermatozoides.

9) Sexo genital externo: pene, vagina, hermafroditismo y pseudohermafroditismo.

10) Sexo fenotípico, corporal o somático: Se halla comprendido por los caracteres sexuales secundarios y refiere a la forma típica del cuerpo femenino o masculino. En general coincide con el sexo gonadal, salvo en los intersexuales que hay discrepancia parcial o total.

11) Sexo cerebral: Hay diferencias estructurales en el hipotálamo del hombre, mujer y variantes. Funcionalmente, en el del primero, hay una actividad continua en cuanto a la liberación de gonadotrofinas, y de actividad cíclica para las segundas. Si en este último hay exposición prenatal a los andrógenos, el cambio es irreversible.

12) Sexo legal: Es el que es asignado civilmente: hombre o mujer.

13) Sexo de crianza: Es aquel con el cual se lo ha criado (familia, tutores, etc.)

14) Sexo psicológico: Constituye aquel con el que se identifica la persona, independientemente de su biología. En los casos de hermafroditismo, este sexo adquiere una importancia vital para las decisiones de intervención quirúrgica.

A modo de ejemplo, voy a citar algunos casos donde hay desarmonía entre los distintos niveles de asignación del sexo. a) Síndrome de feminización testicular: en el cual el sexo cromosómico, génico, gonadal y hormonal son masculinos pero los genitales externos, los caracteres sexuales secundarios, el sexo de crianza y muy probablemente el psicológico son femeninos, en un individuo que posee andrógenos en sangre, pero sus receptores celulares están alterados. b) Varones XX: aparecen uno entre 20.000 nacimientos. Tienen apariencia externa masculina, los casos estudiados tienen orientación sexual de varón, aunque su sexo cromosómico sea de mujer, con niveles bajos de andrógenos (Wolf, Schempp y Scherer, 1992). d) Hermafroditas verdaderos: el 59,9 % son XX (sexo cromosómico), pero también hay mosaicos genéticos 46 XX/46 XY (el 12,8%) y hermafroditas 46XY (el 12,3%): estos casos muestran que el ser humano tiene la potencialidad de formar los dos tipos de gónadas: testículo y ovario en el mismo individuo, y esto no hace más que corroborar la bisexualidad de la gónada primitiva indiferenciada (Solari, 2004). Solari es un genetista, y, como tal, plantea desde la Biología el aspecto constitutivo que tenemos las personas de desarrollar ambos sexos, entonces, si desde lo orgánico tenemos esa capacidad, no cuestionada por cierto, ¿por qué es más difícil de aceptar la diversidad sexual en sentido psicológico?

Pues bien, se han descrito y citado variadas prácticas sexuales en los animales observadas también en los humanos, y se intentó fundamentar la complejidad sexual como hecho natural, ya sea desde los animales o desde la Biología en todos los vertebrados, incluyendo al hombre.

Han quedado excluidas de este ensayo algunas prácticas fuera del campo de investigación animal como la pornografía, ya que los medios de comunicación son exclusivos del hombre. Particularmente no se ha hallado en la búsqueda bibliográfica realizada, muchas especies en las que se den cópulas con cachorros (pedofilia en el humano): sólo hemos hallado su existencia en elefantes; probablemente un zoólogo con una mirada no dogmática pudiera aportar con objetividad el número de especies que mantienen estas prácticas. Desconozco también en qué especies fuera del hombre, se dan violaciones y sadismo, pero voy a citar textualmente -en una entrevista que otorgó- a Pomeroy (1971), quien fuera integrante del equipo de Kinsey, como tal una autoridad en la materia. Este investigador sostuvo: "... ¿otros animales violan, tienen relaciones con individuos más jóvenes de su especie, tienen comportamientos sádicos? Sí, algunos lo hacen. Entonces, por definición filogenética, prácticamente nada de lo que los hombres hacen sexualmente deja de ser parte de su naturaleza y herencia de mamíferos". En otra parte de la entrevista plantea: "Por otro lado, masturbación, homosexualidad y actividad oral genital son comunes en casi todas las especies de mamíferos; incluso las relaciones sexuales entre mamíferos de diferentes especies y entre mamíferos y objetos inanimados son más comunes de lo que popularmente se cree...".

De la diversidad de experiencias sexuales en animales, creo que casi todas halladas en el hombre, se desprende que ninguna de las prácticas sexuales humanas son antinaturales, hasta incluso las parafilias, por lo que, aparentemente o: a) los animales

sienten deseo y placer, o b) los humanos tampoco lo sentimos, lo cual es muy fácil de negar: pues las personas sienten placer y deseos.

También podríamos plantear que: a) los animales son perversos, y como tal, también lo somos nosotros, o b) no lo son ellos, y por ende no lo somos nosotros, sexualmente hablando y con las excepciones que establezco a continuación: No incluyo en esta discusión las prácticas sado-masoquistas, violaciones, ni tampoco la pedofilia: sólo cité su existencia en animales para graficar nuestra posición de que prácticamente todo lo que el humano hace en su comportamiento sexual, también lo hacen los animales. Las excluimos porque por convención, a la cual se adhiere, en Sexología humana se considera aceptable, toda conducta entre adultos (por lo cual se descarta la paidofilia), consentida y que no infiere daño a ninguno de los involucrados (por tanto se exceptúan las violaciones, prácticas sádicas o masoquistas) aunque fueran aceptadas por todas las partes involucradas.

Judith Butler, una de las teóricas más reconocidas sobre género, sexualidad, identidad y poder, profesora de Literatura Comparada y Retórica de la Universidad de California, Berkeley, en su libro *Problemas de Género: Feminismo y la subversión de la identidad* sostiene que “no hay identidad de género detrás de las expresiones de género” (1990: 25), ya que el género es una actuación: es lo que uno hace en determinado momento más que lo que uno es de modo universal. Ella plantea la identidad no como algo conectado a una esencia sino de libre discurrir (*free-floating*), conectado al acto (*performance*) y esto es una de las principales ideas de la teoría *queer*, de la que es una referente. Butler adhiere a posturas antropológicas y sociológicas que entienden el género como una relación entre lo socialmente constituido en contextos específicos. En otras palabras, el género más que ser un atributo fijo de una persona, debería ser visto como un fluido variable el cual emerge y cambia en contextos y momentos diferentes. Según esta autora, no habría identidad permanente ni correlación, entre por ejemplo los *drag-queen*, los transgéneros y las prácticas sexuales, y la distribución de lo hetero, lo bi, y las inclinaciones hacia lo homosexual, ya que no puede ser identificado dentro de un viaje cambiante o desviante de género. *Drag-queen* es una de las variantes binarias de la identidad transgénero; *Drag* describe a un hombre que se viste y actúa como una mujer de rasgos exagerados, con una intención primordialmente histriónica que se burla de las nociones tradicionales de la identidad de género y de los roles de género.

A pesar de que parezca una sobresimplificación de esta reconocida teórica y todo su trabajo, en síntesis, lo que Butler desarrolla es que independientemente de las prácticas sexuales que uno desarrolle, no hay una identidad sexual que la guíe. Por eso critica al feminismo, el que considera que habría una identidad sexual, cayendo en la normatividad (sexual) al igual que la heterosexualidad.

Retomando el punto de la diversidad sexual en los animales, y analizando la multiplicidad de prácticas que ellos ejecutan, probablemente no tengan una identidad sexual, al menos como atributo estable en todas las especies ni en toda la población de cada una de ellas. Entonces quizás esto de que hay quienes tienen una identidad sexual de modo fijo, tanto en el hombre como en los animales, sólo sirve para explicar un porcentaje de individuos de ambos nichos ecológicos, no la totalidad.

San Luis (Argentina), 16 de Septiembre de 2013.

Referencias bibliográficas

Asociación Psicológica Americana (1996) *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (4 edición.). Barcelona: APA.

Asociación Psicológica Americana (2002) *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Texto Revisado* (4 edición.). Barcelona: APA.

- Bagemihl, B. (1999) *Biological Exuberance: Animal Homosexuality and Natural Diversity*. London: Profile Books, Ltd..
- Bagemihl, B. (2000) Left Handed Bears & Androgynous Cassowaries. Homosexual transgendered animals and indigenous knowledge. *Whole Earth*. http://findarticles.com/p/articles/mi_m0GER/is_2000_Spring/ai_61426233/pg_2/?tag=content;col1
- Balcombe, J. (2009) Animal Pleasure and its moral significance. *Applied Animal Behaviour Science*, 118, 208-216.
- Bekoff, M. (2007) Are you feeling what i am feeling? *The New Scientist*, 194, 2605, 42-47.
- Bhugra D. (1989) Doctors' attitudes to male homosexuality: a survey. *Psychiatric Bulletin R Coll Psychiatr* 3, 426-8.
- Brosnan, S. F. y de Waal, F.B.M. (2003) Monkeys reject unequal pay. *Nature* 425, 297-299.
- Burghardt, G. M. (2007). Critical anthropomorphism, uncritical anthropocentrism, and naïve nominalism. *Comparative Cognition & Behaviour Reviews* 2, 136-138.
- Butler, J. (1990) *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Cotton-Huston, A.L. y Waite, B. M. (2000) Anti-homosexual attitudes in college students: Predictors and classroom interventions. *Journal of Homosexuality*, 38(3), 117-133.
- Corsi, M., Corsi Cabrera, M. (2004) *Aproximaciones de las neurociencias a la conducta*. Distrito Federal: UNAM Ediciones.
- Chaimowitz, G. A. (1991) Homophobia among psychiatric residents, family practice residents and psychiatric faculty. *Can J Psychiatry* 36, 206-9.
- Delgado, M. R., Olsson, A. y Phelps, E. A. (2006) Extending animal models of fear conditioning to humans. *Biological Psychological*, 73, 39-48.
- Duncan, I. J. H. (2006) The changing concept of animal sentience. *Applied Animal Behaviour Science*, 100, 11-19.
- Fraser, D. (2009) Animal Behaviour, animal welfare and the scientific state of affect. *Applied Animal Behaviour Science*, 118, 108-117.
- Garnets, L., Hancock, K. A, Cochran, S. D. et al (1991) Issues in psychotherapy with lesbians and gay men. A survey of psychologists. *Am Psychol* 46,964-72.
- Haber, S. N. y Knutson, B. (2010) The reward circuit: linking primates and human imaging. *Neuropsychopharmacology*, 35, 4-26.
- Heimer, L., Van Hoesen, G.W., Trimble, M. y Zahm, D. S. (2008) *Anatomy of Neuropsychiatry: The New Anatomy of the Basal Forebrain and its Implications for Neuropsychiatric Illness*. Amsterdam: Elsevier Academic Press.

Homosexualidad Animal. (2006, 30 de Octubre) *El Mundo*.

Recuperado de: www.elmundo.es/elmundo/2006/10/27/ciencia/1161950798.html

Judson, T. (2003) *Dr Tatiana's Sex Advice to All Creation: The Definitive Guide to the Evolutionary Biology of Sex*. London: Vintage.

Lemer, J. S. y Keltner, D. (2000) Beyond Balance: How and a model of emotion-specific influence on judgement and choice. *Cogn Emotion*, 14, 473-493.

McKee, H. A. (2004) Always a shadow of hope": Heteronormative binaries in an online discussion of sexuality and sexual orientation. *Computers and Composition* 21, 315–340.

Moss, C. (1988). *Elephants memories: Thirteen years in the Life of an Elephant Family*. New York: William Morrow and Company.

Murray, E. A., O'Doherty, J. P. y Schoenbaum, G. (2007) What we know and do not know about the functions of the orbitofrontal cortex after 20 years of cross species study. *J Neurosci*, 27, 8166-8169.

Natural (1973). *Enciclopedia Ilustrada de la Lengua Castellana* (Vol 3, pp. 548). Buenos Aires: Sopena Editores.

Panksepp, J. (2005) Affective consciousness: Core emotional feelings in animals and humans. *Consciousness and Cognition*, 14 (1), 30-80.

Pavlov, I. P. (1927) *Conditioned reflexes*. New York: Oxford University Press.

Pommeroy, W. (1971) *Sex American Style*. Chicago: Playboy Press.

Randall, C. E. (1989) Lesbian phobia among BSN educators: a survey. *Journal of Nursery Education*, 28, 302–6.

Root, M. V. (2005) Reproductive behavior of small animals. *Theriogenology* 64 (3), 734-746.

Solari, J. A. (2004) *Genética Humana. Fundamentos y aplicaciones en Medicina*. 3ª edición. Barcelona: Editorial Médica Panamericana.

Winterbottom, M., Burke, T. y Birkhead, T. R. (2001) The phalloid organ, orgasm and sperm competition in a polygynandrous bird: the redbilled buffalo weaver (*Bubalornis niger*). *Behavioral Ecology and Sociobiology*, 50, 474–482.

Wisniewski, J. J., Toomey, B. G. (1987) Are social workers homophobic? *Soc Work*, 32, 454–455.

Wolf, U., Schempp, W. y Scherer, G. (1992) Molecular Biology of the Human Y chromosome. *Rev. Physiol. Biochem. Pharmacol.* 121 , 147, 213.